

se queda para sí con nada.» ¿Y no es éste el don que nos hace Jesús en la Eucaristía? ¿Qué pudo mover á Nuestro Señor á darse á nosotros de esta manera sino el amor sin límites á los hombres en que está abrasado su divino Corazón? ¡Oh Corazón de Jesús, Corazón infinitamente dadivoso! ¡Sed por siempre bendecido y alabado!

Jesús se nos da á todos en particular, amándonos á cada uno de nosotros. El amor que se nos muestra á muchos en general, poca impresión nos causa; pero á los testimonios particulares que se nos dan de afecto, no sabemos resistirnos. Cosa admirable y hermosa es que Dios ame al mundo; pero el amarme á mí, el decirme que me ama y darse del todo á mí para convencerme del amor que me tiene, éste es el triunfo del amor. Porque Jesús viene para mí, y aun podría decir que vive sólo por mí. ¡Oh amor! ¿Qué os daré yo en pago? ¡Yo, misera criatura, objeto de las miradas de Jesucristo! ¡Yo, término de su amor! Vivid, pues, y reinad en mí ¡oh Dios mío! No quiero que me hayáis amado en vano.

Jamás se arrepiente Dios de otorgarnos este magnífico don; este don es, pues, perpetuo. La dicha que algun día ha de acabarse, siempre lleva consigo temor y tristeza. Si el cielo hubiera de acabarse algún día, no sería verdadero cielo, ni sería pura y sin mezcla de tristeza la dicha del que goza de él. Pero la Eucaristía es un don perpetuo que durará mientras dure el amor que ha movido á Dios á instituirle. Jesús nos le ha prometido formalmente: Jesús sacramentado cerrará la serie de los siglos, y sean cuales fueren los accidentes de los tiempos, estará con su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

¡Qué dicha la mía, tener en mi compañía, poseer, tener por mío al mismo Jesús! ¿Quién podrá jamás arrebatarme á mi Jesús? Semejante al sol, por do quiera le veo; todas las cosas las alumbró y vivificó. Es compañero de mi destierro, es pan en mi peregrinación, y me seguirá y me sostendrá hasta llegar al puerto de salud. ¡Oh dulce destierro, amable viaje en compañía de Jesús!

II

Et ego illi. Así como Jesús es todo mío, yo debo ser todo de Jesús; pues de otra manera no podría haber verdadera sociedad entre Jesús y yo.

Mas como Jesús no piensa ni obra sino por mi bien, yo no debo pensar ni obrar sino por Jesús. Jesús debe ser, pues, la inspiración de mis pensamientos, el objeto de mis conocimientos (pues sin esto, mi espíritu, no sería de Él), el Dios de mi corazón, la ley, el centro de mis afectos: todo amor que no sea según Él, todo afecto que no proceda de Él, que no permanezca en Él y que no le tenga á Él por fin, impide la unión perfecta de mi corazón con el suyo. No puede decirse que le doy todo mi corazón, si me reservo alguna parte de él.

Jesús debe ser la regla soberana de mi voluntad y de mis deseos. Quiero todo lo que Él quiere, y mis deseos serán según los suyos. El pensar en Jesús debe regular todos los movimientos de mi cuerpo, y el considerar que está presente á mis ojos debe imponer la modestia á mis sentidos. Este es el mandamiento puesto en práctica: *Dilige*, amarás á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas.

El amor es *uno* en el afecto, universal en sus obras; todo lo hace según un solo principio, que aplica á todos los deberes por varios y numerosos que sean.

¿No soy todo de Jesús? Así lo exige la justicia, y más aún el amor y la palabra que he empeñado, y que Jesús ha aceptado y ha sancionado otorgándome gracias y favores.

Jesús se ha dado á mí enteramente: así, le debo yo todo mi ser, toda mi persona. Si he de hacerle este don, necesario es que renuncie á ser fin de mí mismo en cada una de las cosas, y que renuncie á estimarme á mí mismo como término de mi estimación, es decir, á estimarme á mí mismo en razón de mis cualidades ó de mis talentos ó de las buenas obras que puedo hacer, sin referirlo todo á Dios. Es necesario que renuncie á todo afecto que se funde en mí con la delicadeza de una esposa que sólo quiera mirar el corazón, y sólo admitir obsequios de su esposo. No quiero el afecto de los demás sino para conducirlos á Jesús, único que merece ser el fin de los afectos del corazón.

Darle toda mi persona es renunciar á mí mismo en los placeres, ofrecérselos á Jesús en mis penas, guardar para Él solo el secreto de ellos. Sólo entonces vive Jesús en mí: cuando refiero yo á Él la estima y el afecto de que soy objeto; si no lo refiriera todo á Él, yo sería quien viviría en mí, y no Jesús.

Finalmente, para corresponder al don perpetuo que Jesús nos hace de la Eucaristía, debo ser siempre suyo. Los motivos que tengo para amarle siempre son los mismos que me han movido á empezar á amarle, y estos motivos son cada vez más poderosos, cada vez mas urgentes, porque cada día que

pasa Dios renueva los prodigios de amor para conmigo.

Debo, pues, ser suyo totalmente, lo mismo en una vocación que en otra, en cualquier estado en que se halle mi espíritu, lo mismo en el dolor que en la alegría, en el fervor que en la sequedad, en la paz y en las tentaciones que en la salud y en la tribulación; Jesús se da á mí en medio de todas estas circunstancias: yo debo, pues, ser suyo, lo mismo en las unas que en las otras.

Pertenezco á Dios, cualquiera que sean las obras en que me ocupe: las diversas obras que la Providencia me impone, sólo son apariencias exteriores, formas de vida diferentes: Jesús se da á mí en todas ellas; y así me pide que en todas ellas le haga el don de mí mismo.

¿Quién podrá separarme de la caridad de Dios que está en mí, que vive en mí, que me impulsa y mueve á amarle? Ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la espada: todo lo venceré por amor de Aquel que nos ha amado tanto antes que nosotros pudieramos amarle.

III

Tres son las maneras con que podemos ser de Jesús.

Hay un amor á la ley, que cumple el deber y se contenta con esto. Este amor es necesario á todos, es el amor de la conciencia, que consiste en no ofender á Dios. Puede haber en él grados y elevarse á gran perfección.

Cuando consideramos lo que Dios tiene derecho á

exigir de nosotros por ser Criador, Redentor y Santificador nuestro, no podemos menos de admirarnos de que aun este primer amor quiera Dios recompensarlo. Sin embargo, su bondad lo recompensa, y el que lo practica con fidelidad alcanza la bienaventuranza del cielo. Mas ¡oh dolor! muchos, aun á vista de esta recompensa, se niegan á practicarlo.

Hay además un amor de adhesión. Este amor es el que anima á tantas almas santas que viven en el siglo y que practican en él las virtudes propias de la vida cenobítica; vírgenes fieles, verdaderos lirios en medio de espinas; esposas amantes que rigen su familia con la mira puesta en Dios, que sólo educan sus hijos para el cielo; viudas consagradas á servirle con obras de oración y de caridad del prójimo; este es el amor que gobierna á los religiosos en los monasterios: amor grande, libre y afectuoso, que impulsa al alma á ponerse confiadamente en las manos de Dios; amor que da mucha gloria á Dios: este amor es el apostolado de la bondad divina.

Pero sobre todos estos amores domina el soberano amor del corazón. Este amor del cristiano es aquel que no sólo da á Dios su fidelidad, su piedad, su libertad, sino también le sacrifica todos los placeres de la vida; aun el gozo, el deleite legítimo de vivir vida piadosa, la paz de la vida cristiana, el contento que produce en el ánimo la práctica de las buenas obras, de la oración y de la Comunión.

¿Quién es el que ofrece á Dios en sacrificio sus propias alegrías y placeres espirituales? ¿Quién piensa en renunciar á estas alegrías, á estos placeres íntimos y personales? El que sufre amorosamente y en silencio por Jesús, teniéndole á Él por único amigo, buscando consuelo y protección sólo en Él

Mas ¿será esto posible? Sí, posible es al verdadero amor. En esto consiste la verdadera ternura del amor, su verdadero poder y aun su inefable dicha: *Superabundo gaudio in omne tribulatione nostra.* «De alegría rebosa mi corazón en medio de todas mis tribulaciones,» exclamaba aquel gran amador de Jesús.

¡Ojalá podamos decir como él: Jesús me basta; fiel soy á su amor: toda mi vida consiste en amarle!





LA COMUNIÓN, SACRAMENTO DE UNIDAD

*Sicut tu, Pater. in me,
et ego in te, ut et ipsi in
nobis unum sint.*

«Como tú en mí y yo en
tí ¡oh Padre! sean todos
uno en nosotros.»

(JOANN., XVII, 21.)

EL coronamiento de la rehabilitación obrada por la sagrada Comunión es la unión de Dios con nosotros. ¡Qué significado tan profundo encierra por sí sola la palabra comunión! No quiere decir unión moral, unión de afectos, de amistad, sino unión de substancias, unión la más próxima y semejante á la unión hipostática, excepto la maternidad divina.

En la Encarnación la naturaleza humana se unió á la naturaleza divina en unidad de persona, y viendo el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo vemos á Dios. Ahora Jesús, Dios y hombre, viene á nosotros y obra un milagro semejante al que se obró en el seno de María. Hablando de la dignidad del sacerdote, decia San Agustín: *O dignitas venerabilis sacerdotum, in quorum manibus, velut in utero Virginis de novo incarnatur!* De las manos del sacerdote vie-

ne la Eucaristía á nuestro cuerpo, y uniéndose con nosotros prolonga, extiende la Eucaristía á cada uno de los hombres en particular. Cuando el Verbo divino tomó carne en María, tuvo presente esta encarnación en cada uno de nosotros, y uno de los fines de su venida á este mundo ha sido el unirse con nosotros en la Comunión: la Comunión es, pues, el desarrollo, la difusión del misterio de la Encarnación; así como es el complemento del augusto sacrificio del Calvario, renovado constantemente en el santo sacrificio de la Misa. Jesús desciende, pues, al altar en la consagración para unirse con el sacerdote y con los fieles; y un sacrificio, sin Comunión, sería sacrificio incompleto.

El cuerpo de Jesús se une, pues, con nuestro cuerpo; su alma con nuestra alma, y su divinidad está sobre nuestro cuerpo y sobre nuestra alma. Nuestro cuerpo está, por decirlo así, en el cuerpo de Jesús; y siendo este cuerpo el más noble y el más digno, nos envuelve y nos señorea: estamos revestidos de él, es el cuerpo de nuestro cuerpo, su sangre circula por nuestras venas, y nosotros nos unimos con él en unión inefable. ¡Qué magnífica maravilla esta unión de un cuerpo glorioso, resucitado, con nuestra pobre naturaleza! Este espectáculo lo contemplan Dios y los ángeles; nuestros ojos terrenos no lo ven, porque es espectáculo digno del cielo. Cuando se funden dos cirios bajo la acción del fuego, ambos se mezclan y llegan á ser una sola cosa; sin embargo, los elementos de cada uno de ellos permanecen distintos y podrían ser separados de los del otro. Esta es la unión que se consume en la sagrada Comunión. Cuando se destruyen las especies sacramentales, dejan de estar presentes corporalmente dentro de nos-

otros; pero si el pecado no lanza de nosotros mismos á Nuestro Señor, nuestro cuerpo sigue participando de la virtud del Cuerpo de Jesús, del cual recibe fortaleza, gracia, integridad, buenos hábitos, viviendo así de la savia de Nuestro Señor y haciéndose espiritual. ¿No conocéis, por ventura, que después de la Comunión están amortiguadas vuestras pasiones, y que la paz reina en vuestros miembros? Hay fiebres muy ardientes que se curan por medio del hielo. Así nos libra Jesús del ardor de la concupiscencia mediante la pureza de su cuerpo virginal. Dice San Cirilo que, gracias á la sagrada Comunión, llegamos á ser consanguíneos de Cristo: *consanguinei et concorporei*. La sangre de Jesucristo circula en nuestras venas, somos convertidos en Jesús: *Non ego mutabor in te; sed tu mutaberis in me. Inmiscemur*, somos mezclados con Jesús—dice San Crisóstomo.—Dejemos, pues, á nuestro cuerpo formarse en este molde divino y germinar en él para la gloria.

Y del alma, ¿qué diremos? Jesús va derecho á nuestra alma, y le dice: Desposarte he, para siempre. *Sponsabo te sempiternum*. En el alma es sobre todo en quien Dios tiene puesta la mira. El cuerpo es sólo la antecámara del alma: es el primero que recibe honor, pero Jesús pasa de largo por él. El alma recibe á Jesús y participa de su vida divina: está como perdida en Nuestro Señor. Empieza Jesús dándole á gustar cierto sentimiento de su bondad, que la penetra toda ella, sin pedirle nada en cambio. Este sentimiento de felicidad lo siente el alma inmediatamente, si considera con atención la bondad de Dios y no ve más que á esta bondad: Jesús es semejante al sol de la mañana, que al nacer da vida y alegría á la naturaleza entera.

Dios Nuestro Señor desea comunicarse á los hombres con la mayor abundancia posible, porque cada uno le recibe según la medida de sus disposiciones y capacidad. A las almas bien dispuestas les da vida fuerte, resoluciones generosas, que las impulsan á jurar eterna fidelidad á su Esposo. Desde entonces estas almas sólo buscan su beneplácito, lo que puede agradecerle; todo lo miran con los mismos ojos que el Salvador, con aquella mirada tan delicada con que Jesús discierne las cosas que se refieren á la gloria de su Padre; mirada que ve todas las cosas desde un punto de vista divino. El alma que no tiene este sentido delicado, se busca á sí misma en todo, y ni aun en la Comunión piensa más que en los consuelos que podrá sacar de este Sacramento. La delicadeza es la flor del amor.

Jesucristo comunica además al alma delicada la gracia de olvidarse y de renunciar por completo á sí misma. Es necesario que el alma que comulga llegue á amar á Jesús por ser Él quien es, que sepa darse sin preguntar qué recibirá en cambio. El amor que pide la recompensa de todo cuanto hace, no es verdadero amor. Vivir uno de Jesús para sí, bueno es, pero es mucho mejor vivir de Jesús para Jesús. Mirad lo que Jesús pregunta á San Pedro: «¿Me amas tú?—Si os amo, Señor.—¿Me amas tú más que los otros?» San Pedro lloró entonces, y con aquellas lágrimas confesó su ardiente deseo de amarle más que los otros. Jesús se dió por satisfecho y le encargó que apacentara sus corderos y sus ovejas; le puso en los hombros la carga más pesada que jamás ha llevado hombre alguno, y en recompensa de este trabajo no le prometió cosa ninguna: quiso que se olvidara de la recompensa. A los que verdadera-

mente aman á Dios, el Señor les pide que se nieguen á sí mismos y se pongan generosamente en sus manos, sin mirar su propio interés espiritual ó corporal, temporal ó eterno. La desconfianza, el pedir prendas, el reservarse algo para sí, signos son ordinariamente de pereza. Decir á Dios que le amamos cuando rebosan en nuestra alma los tiernos afectos, poco es; en las tribulaciones es cuando especialmente debemos clamar, diciendo como Job: *Etiam si occideris me, in te sperabo*. En este caso damos de lo que es nuestro; en el anterior damos de la abundancia que Él nos ha dado. Claro es que Dios Nuestro Señor no busca su bien cuando nos muestra el amor que nos tiene, pues no tiene necesidad de nosotros, y que sólo nos ama por nuestro bien, para hacernos dichosos.

Jesús nos pide todas las cosas: así, pues, si queremos amarle verdaderamente, no nos detengamos á pensar lo que hemos de recibir si le amamos verdaderamente como Él nos ha amado. Mas ¿queremos decir en estas palabras que no obtendremos recompensa ninguna por esta absoluta entrega de nosotros mismos? De ningún modo. Nuestro Señor nos pide todas las cosas para darnos luego más todavía. Es como una madre que, para probar el amor de su hijo, le pide los juguetes y luego le da otros mejores, contenta de ver que su hijo le ama sobre las demás cosas.

Animo, pues; dad todas las cosas á Nuestro Señor ¡oh almas que vivís de la vida de la Comunión! vuestras obras, vuestros merecimientos, vuestro corazón con todos sus afectos, aun los más legítimos. Esta donación es difícil, es la agonía del pobre corazón humano; pero cuando pensamos en quién es

Aquel que la recibe, ¿habrá alguno que vacile en hacer semejante sacrificio?

La Comunión es además el medio por el cual Nuestro Señor obliga á su Padre para con nosotros. Si el Padre celestial no nos recompensara más que en consideración á nuestros merecimientos personales y en razón de criaturas, jamás podríamos esperar otro premio que la felicidad natural. Pero Nuestro Señor ha hecho sociedad con nosotros, y estrecha y renueva esta sociedad mediante la sagrada Comunión: de esta suerte atestigua á su Padre el amor que nos tiene y su deseo de permanecer unido con nosotros; y el Padre queda obligado á coronarnos juntamente con su Hijo. El Padre no puede separar la cabeza y el corazón de los demás miembros del cuerpo místico de Jesús; y así es tan fácil la entrada en el cielo, gracias á la sagrada Comunión, que casi podríamos decir que nos introduce en la gloria por sorpresa.

He aquí, pues, lo más sublime que hay en la Eucaristía: Jesús sólo vino al mundo para dar gloria á su Padre celestial, y después, cuando subió al cielo, no queriendo que su Padre dejase de recibir el honor que le es debido, y prolongándose y multiplicándose en los que comulgan, presenta á su Padre este honor, y le dice: «He venido á sentarme á tu diestra en la gloria, pero tomo de nuevo carne en todos estos cristianos para honrarte en ellos y por ellos: quiero que ellos y yo seamos uno solo para vuestra gloria.»

¡Quién no se admirará considerando cómo sabe Dios unir la gloria de su Padre celestial con nuestra felicidad! ¡Quién podrá comprender esta maravilla del amor de Jesús á su Padre y á nosotros! ¡Qué

divina industria ésta de que se vale el Salvador para darnos parte en su gloria y hacernos acreedores á más abundante recompensa!

Sea, pues, la Comunión el centro de nuestra vida y de todas nuestras obras. Vivid para comulgar, y comulgad para vivir santamente y glorificar á Dios en vosotros, que Él os glorificará magníficamente en su bienaventurada eternidad.

